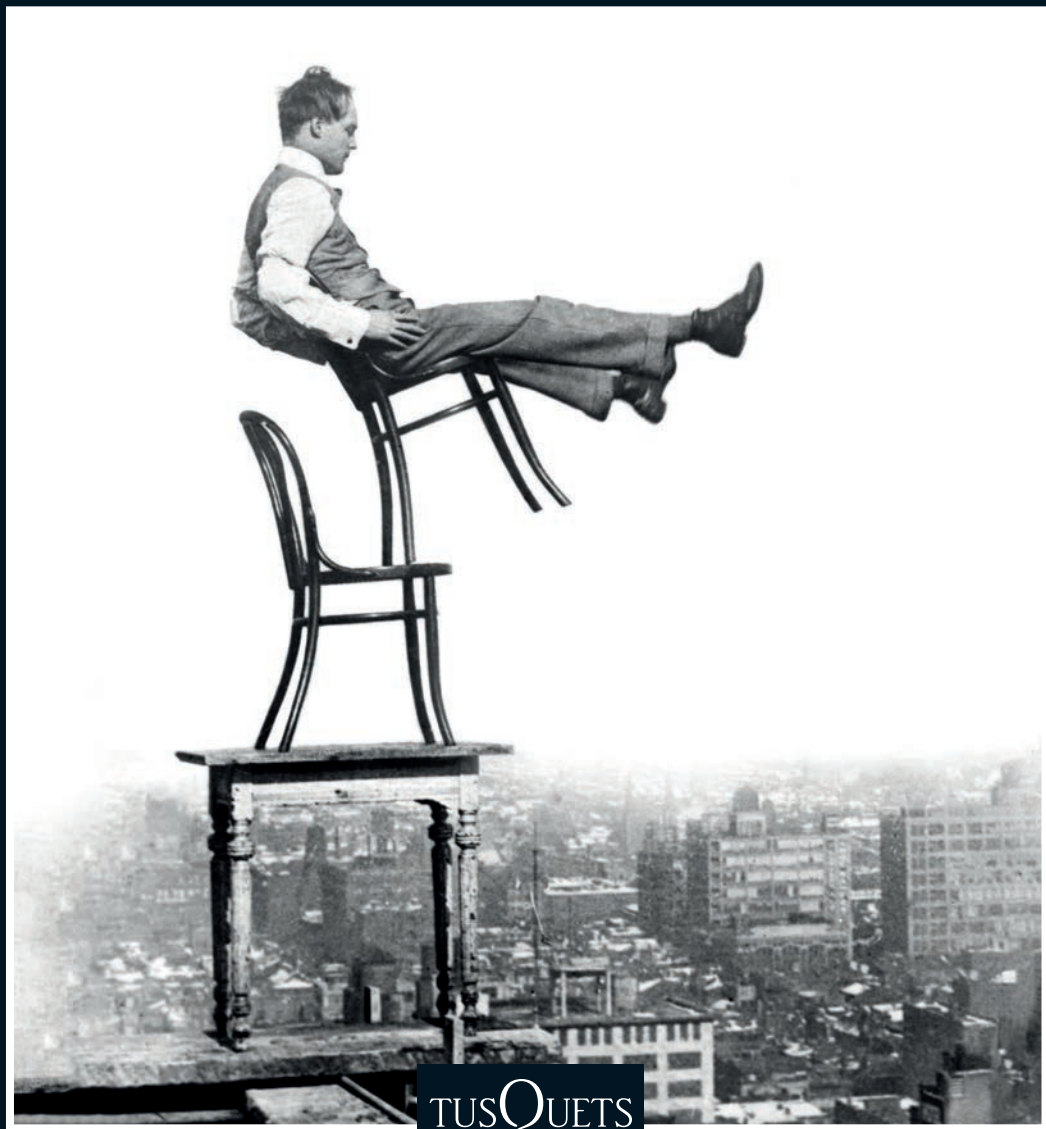


Javier Cercas

NO CALLAR

Crónicas, ensayos y artículos
2000-2022

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JAVIER CERCAS
NO CALLAR
Crónicas, ensayos y artículos
2000-2022

1.^a edición: marzo de 2023

© Javier Cercas, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-243-4
Depósito legal: B. 1724-2023
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Prólogo	9
El aprendizaje del presente	15
Cuarenta y tres años de guerra	79
Nueva vieja política en España	163
Cataluña y la gran revolución	221
La suerte de Europa	323
Retratos del natural	365
Los detalles del diablo	447
La literatura es dinamita	517
Cuanto sé de mí	663
Procedencia de los textos	737

El tiempo de las mujeres

Yo no sé cómo es el tiempo que nos ha tocado vivir, qué es lo que lo caracteriza o lo distingue de otros tiempos, cuál es el rasgo o los rasgos que lo definen, por qué razones será recordado en el futuro. No lo sé, y dudo mucho que ninguno de nosotros esté en condiciones de saberlo. En cierto sentido, nadie sabe en qué tiempo vive: ese conocimiento solo lo posee el futuro, o la historia; nosotros apenas podemos intuirlo o vislumbrarlo, o más bien conjeturarlo. Además, en el fondo quizá no es tan importante: aunque cada tiempo sea distinto, los seres humanos que lo habitamos, por muy diferentes que parezcamos, siempre somos más o menos los mismos, porque también lo son nuestras pasiones, nuestros sueños y nuestros deseos, nuestros motivos para vivir y para morir; por eso, porque los seres humanos no cambiamos en lo esencial, es por lo que pervive la literatura: por eso Homero o Dante o Cervantes siguen hablando de nosotros, siguen siendo nuestros contemporáneos.

Pero volvamos al presente.

Es verdad que, desde el 24 de febrero de 2022, cuando la Rusia de Vladímir Putin invadió Ucrania, los europeos tenemos la impresión de que nuestro tiempo es el tiempo de la guerra. No creo que la impresión sea exacta. El tiempo de los europeos ha sido siempre o casi siempre un tiempo de guerra. En Europa, en el mundo, la guerra no ha sido una excepción: ha sido la norma. Hasta hace solo unos meses yo pertenecía a la primera generación de europeos que no había conocido una guerra, al menos —no olvido la carnicería que desmembró la antigua Yugoslavia— una guerra entre las grandes potencias: mi padre vivió una guerra, mi abuelo hizo una guerra, mi bisabuelo y mi tatarabuelo también, y así hasta el origen de Europa, porque, a lo largo de los últimos mil años, los europeos nos hemos masacrado infatigablemente, en guerras de todas clases, de tal manera que no es exagerado afirmar

que el deporte europeo por excelencia no es el fútbol, sino la guerra. Esta, ya casi lo habíamos olvidado, ha sido considerada durante siglos, durante milenios, el instrumento adecuado para resolver problemas y el lugar donde los seres humanos descubren quiénes son de verdad; de ahí que poetas y pintores la glorificaran sin descanso. «*Dulce et decorum est pro patria mori*» (Es dulce y honorable morir por la patria), escribió Horacio, y recuerden ustedes *La rendición de Breda*, de Velázquez, uno de los cuadros más hermosos jamás pintados, donde la guerra aparece como un hecho de una nobleza deslumbrante. Esa es la realidad: los hombres —sobre todo los hombres— hemos amado la guerra, y ahora que, después de dos apocalípticas carnicerías mundiales, estábamos empezando a odiarla, la guerra vuelve a abatirse sobre nosotros, igual que una maldición. Así es como puede interpretarse la guerra de Ucrania: no como un hecho nuevo y determinante de nuestro tiempo, sino como un retorno de los tiempos viejos; es decir, como un retorno a Europa de la historia, o, al menos, como un retorno a Europa de la guerra considerada como un instrumento apto para forjar la historia.

La invasión de Ucrania, sin embargo, también puede interpretarse de otras formas. Tal vez para los historiadores del futuro resulte evidente, por ejemplo, que esta guerra debe inscribirse en el marco del enfrentamiento entre nacionalpopulismo y democracia que vivimos desde que la crisis económica de 2008 desencadenó un seísmo político planetario que cristalizó en una auténtica internacional nacionalpopulista. El nacionalismo autoritario de Putin se sumó con entusiasmo a esta gran internacional, cuyo rasgo común es precisamente el nacionalismo y las pulsiones autoritarias y antidemocráticas, y de ahí que Putin haya sido en los últimos años el gran promotor del nacionalpopulismo en Occidente. Visto desde esta perspectiva, lo ocurrido en Ucrania cobra un significado distinto: la invasión rusa constituye el primer enfrentamiento bélico a gran escala entre nacionalpopulismo y democracia, los dos grandes proyectos políticos que parecen disputarse el mundo en nuestro tiempo. Sin embargo, esa lucha no es en el fondo, como digo, más que un nuevo avatar de una vieja lucha, o tal vez de una lucha eterna que a mediados de siglo XX arrasó Europa, y que esperemos que no haga lo mismo a principios de este.

Pero un momento: acabamos de salir de una pandemia que ha matado en todo el mundo a millones de personas (según la OMS, podrían ser casi 10 millones), un cataclismo universal que nos ha mantenido atemorizados y encerrados en nuestras casas durante largas temporadas y cuyas devastadoras consecuencias todavía padecemos. ¿Es entonces nuestro tiempo el tiempo de la pandemia? ¿Así será recordado en el futuro?

No lo creo. Es cierto que, en nuestro infinito candor (o en nuestra irresponsabilidad infinita), nos creíamos blindados por la ciencia y la tecnología contra las pandemias, que considerábamos calamidades de otras épocas, plagas de resonancias bíblicas o medievales; pero los hechos nos han recordado, con una crueldad brutal, que estábamos equivocados, que la historia de la humanidad es la historia de las pandemias, como es la historia de las guerras, y que, igual que no nos hemos librado de las guerras, no nos hemos librado de las pandemias. Más aún: es probable que nos olvidemos de la pandemia del coronavirus mucho antes de lo que imaginamos, y que esta temporada en el infierno apenas deje memoria de sí misma. No lo digo porque posea dotes proféticas, sino porque, en esto como en tantas cosas, la historia es inapelable. El pasado reciente ha conocido muchas más pandemias de las que recordamos, pero tomemos la peor: la llamada gripe española. Esta, hace apenas un siglo, mató a más de 50 millones de personas, cinco veces más que la Primera Guerra Mundial, aproximadamente las mismas que la Segunda. Y todos recordamos infinidad de poemas, novelas o películas sobre esas dos guerras, pero ¿qué testimonios literarios o cinematográficos quedan de la gripe española? Que yo sepa, casi ninguno: una alusión en algún poema de T.S. Eliot, en alguna novela de Virginia Woolf o en algún diario de la época, como *El quadern gris*, el clásico catalán de Josep Pla. Poca cosa más. La guerra es el primer gran tema de la literatura, y tal vez sea el último, pero de las pandemias se podría decir lo que dijo García Márquez del coronel de su célebre novela: que no tiene quien las escriba.

Así que nuestro tiempo no es el tiempo de la guerra, ni el de la lucha de la democracia contra la autocracia, tampoco el tiempo de la pandemia; todas esas cosas pertenecen a nuestro tiempo, pero no lo distinguen en lo esencial de otros. ¿Cómo es entonces el tiempo que nos ha tocado vivir? ¿Qué lo singulariza? ¿Qué

nombre darle? ¿Por qué será recordado? Repito que no lo sé, y que tal vez no podamos saberlo, pero me atrevo a hacer un vaticinio: nuestro tiempo es el tiempo de las mujeres.

Hay un hecho incontestable: desde que el mundo es mundo, la mitad de la humanidad ha tenido apartada a la otra mitad; apartada o postergada o sometida o humillada: elijan ustedes la palabra que prefieran: mucho me temo que ninguna será lo bastante ingrata. Aristóteles, un pilar de la civilización occidental, escribió en su *Política* que las mujeres son inferiores a los hombres. Y lo escribió porque en su época todo el mundo lo pensaba y, hasta hace cuatro días, casi todo el mundo lo ha seguido pensando: lean ustedes a Schopenhauer, lean a Nietzsche. Esta postergación universal de las mujeres se ha traducido en violencia contra ellas. En el pasado y en el presente: solo recordaré un informe reciente de la policía española, según el cual en mi país se producen dos agresiones sexuales cada hora; también recordaré que, en España, no hace ni veinte años que llevamos un cómputo de las mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas. ¿Significa esto que antes no se producían esas barbaridades? Por supuesto que no; la diferencia es que antes se las llamaba «crímenes pasionales», una expresión que suena casi romántica. Menciono datos de mi país, pero este no es una excepción: más o menos con la misma intensidad, tales atrocidades ocurren en las mejores democracias del mundo; no digamos en otros lugares (un dato escalofriante: en México, en 2021, más de diez mujeres fueron asesinadas al día). Esto, lo repito, ha ocurrido desde que el mundo es mundo, pero, por increíble que parezca, y a pesar de que los orígenes del feminismo puedan rastrearse en la Edad Media, apenas en los últimos años hemos cobrado plena conciencia de ello: es como si, durante siglos, hubiéramos convivido con un monstruo en casa y solo ahora hubiéramos advertido su presencia.

Nadie vive fuera de su época, y menos que nadie un escritor; algunos, los mejores, son los termómetros más sensibles de la suya. Sea como sea, esta toma de conciencia general explica, supongo, que el tema de la violencia contra las mujeres haya aflorado en mis libros. Mentiría si dijera, sin embargo, que yo he ido a buscarlo; los escritores no andamos por ahí buscando temas: los encontramos; o, mejor dicho, son los temas los que nos encuentran

a nosotros. Es lo que ha ocurrido en este caso. Melchor Marín, el protagonista de mi última novela, *El castillo de Barbazul*, y de la entera trilogía de Terra Alta, convive desde que tiene uso de razón con la violencia contra las mujeres. Claro que todos, consciente o inconscientemente, convivimos con ella, pero Melchor la padece muy de cerca y de manera particularmente brutal, en las carnes de su madre, de su esposa y, ya en el último libro, en las de su hija. A cualquier persona decente le da náuseas poner la televisión o la radio y oír que otro hombre ha asesinado o ha intentado asesinar a su mujer, pero Melchor Marín vive esas formas cotidianas de violencia de maneras que permiten plantear los problemas esenciales que tratan de abordar estas novelas, las preguntas que intentan formular, problemas o preguntas relacionados con el valor de la ley y la posibilidad de la justicia, con las zonas más oscuras de los seres humanos, pero también, a veces, con las más luminosas. En cualquier caso, este es tal vez, insisto, el gran tema de nuestro tiempo, o uno de los grandes temas (el otro, claro está, es el de la preservación de un planeta que estamos volviendo invivible: el nuestro); esta es tal vez la gran revolución de nuestro tiempo: la revolución de las mujeres. Una revolución que no pueden hacer solas las mujeres, porque nos atañe a todos. Una revolución en la que, no tengo la más mínima duda, la literatura tiene mucho que decir. Porque, contra lo que proclama una de las grandes supersticiones de nuestra época, la literatura es muy útil; eso sí: siempre y cuando no se proponga serlo: en cuanto la literatura se propone ser útil, se convierte en propaganda o pedagogía, y deja de ser literatura, al menos buena literatura, y deja de ser útil. Pero si la literatura se atreve a cumplir con su obligación, que consiste en ir hasta el fondo de lo desconocido para encontrar lo nuevo (por recordar el verso de Baudelaire), en mostrar que la realidad es todavía más compleja de lo que parece, en proporcionarnos placer, pero también conocimiento, permitiéndonos así vivir más, de una manera más rica, más intensa y más compleja; si la literatura es capaz de hacer todo eso, o al menos de hacerlo en parte, entonces se convierte en algo extremadamente útil. ¿Acaso existe algo más útil que el placer y el conocimiento? ¿Hay algo más provechoso que aquello que sirve para vivir más? Si lo hay, yo no lo conozco. Ni en este tiempo, ni en ningún otro. [2022]

El paraíso de la digresión

Las ideas se desgastan. Usamos y abusamos de ellas, distorsionando o trivializando su significado, de forma que sus aristas se erosionan y que aquello que al principio fue provocador y revolucionario o peligroso —toda idea valiosa contiene alguno de esos ingredientes, o todos a la vez— acaba reducido a la condición de mera banalidad, cuando no a la de puro espantajo o, aún peor, de arma arrojadiza.

Tal vez me equivoque, pero me temo que eso es lo que está ocurriendo con una de las ideas más provocadoras, revolucionarias y hasta peligrosas que nos ha legado la Modernidad: la idea de tolerancia. Ahora mismo, y no solo por culpa de los políticos, es casi imposible usar esa palabra sin que cualquier persona medianamente resabiada no sospeche que quien lo hace es un moralista blandengue, un fariseo redomado o un bestia luchando por reprimir sus instintos asesinos, o simplemente que no se la confunda con la aceptación cobarde o la incapacidad crítica. Porque, del mismo modo que la democracia —otra idea revolucionaria y desgastada— no promueve la estupidez de que todos somos iguales, sino el prodigio de que todos lo seamos ante la ley, la tolerancia no acepta ese relativismo necio según el cual todas las opiniones son igualmente aceptables; no lo son: es aceptable —digamos— defender la obviedad de que la Segunda República no fue el paraíso terrenal, pero no lo es proclamar que Franco no es responsable de aplastar un régimen legítimo y de encender una guerra salvaje; igual que no es aceptable afirmar que Auschwitz era en realidad un balneario o que este servidor de ustedes —cuya vanidad, créanme, no conoce límites— es mejor escritor que Miguel de Cervantes, como mi madre proclama ante quien quiera escucharla. De hecho, lo que define al tolerante de verdad es que no considera a quien expone esas opiniones dementes como un paradigma de maldad cuyo objetivo al exponer-

las es agredirle, sino como una víctima de un error de juicio a quien, si a mano viene, debe persuadirse con razones de su equivocación, y a quien, por tanto y en principio, debe seguir considerándose como una persona tan estimable como cualquier otra. Por eso la mejor definición que ahora mismo se me ocurre de tolerancia se halla en esta frase de Alejandro Rossi: «La convicción de que un error intelectual no supone necesariamente un defecto moral».

Esa convicción exige a la vez una cierta disciplina ética e intelectual y, por supuesto, una tradición. Lo primero puede adquirirse a base de esfuerzo; lo segundo, no, y basta con echar un vistazo a nuestra historia para constatar que, al menos en ese punto, no hay mucho de lo que enorgullecerse. Pero, como nunca es tarde para rectificar, habrá que celebrar que, aunque sea a costa de desgastarla, distorsionarla y banalizarla, desde hace algunos años todo el mundo esgrima esa idea, a ver si así acaba entrándonos en la cabeza, cosa que de momento no lleva trazas de ocurrir. Como somos unos bestias, cuando alguien discrepa de nosotros lo que el cuerpo nos pide de inmediato es partirle una silla en la cabeza: ni se nos ocurre imaginar la posibilidad de no despreciar al discrepante o de no convertirlo en enemigo a muerte; lo he comprobado personalmente: una vez se me ocurrió razonar por escrito mis diferencias de criterio con un amigo y al instante todo el mundo dio por sentado que nuestra amistad había acabado. Lo cierto, sin embargo, es que no hay nada tan divertido ni tan estimulante como discrepar de las opiniones de los amigos, y nada tan tedioso como estar siempre de acuerdo con ellas: son las opiniones discordantes las que dan lugar a controversias productivas. Pero, al parecer, esto no hay manera de entenderlo; la razón es que la intolerancia es una forma del miedo, y también de la impotencia: como no confiamos en nuestras propias ideas, porque no sabemos defenderlas, renunciamos a discutir las de los demás, limitándonos a denigrarlas: a ellas y a quienes las sostienen. El resultado de esta perversión es siempre perverso. En plena guerra de Irak escuché en la radio un debate entre cuatro políticos. Tres de ellos compartían conmigo y con casi todo el país la teoría de las tres íes: la guerra era ilegal, ilegítima e injusta; sin embargo, en vez de discutir con sus razones las del político del PP —Gustavo de Arístegui, creo, persona que me pareció bastante civilizada—, algunos de ellos se

dedicaron a atacarlo personalmente, como si carecieran de argumentos con que rebatir los de su adversario. La verdad: no pude evitar ponerme de parte de Arístegui, y en un momento de obnubilación llegué a pensar que él no podía estar del todo equivocado... En fin. Todos los borgianos recordamos una anécdota que narra De Quincey. A un caballero inglés, en una discusión teológica o literaria, le arrojaron a la cara un vaso de vino. El agredido no se inmutó y replicó al agresor: «Esto, señor, es una digresión; ahora espero su argumento». A ratos se diría que, en España, vivimos en el paraíso de la digresión. [2003]